

más ó menos imputable á todos los gobiernos!

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

## GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

### ENTRADA DE LOS FRANCESES

Clara ya y del todo descubierta la política de Napoleón respecto de Portugal, disponían en tanto los fingidos aliados de España dar al mundo una señalada prueba de alevosía. Por las estrechuras de Roncesvalles se encaminó hacia Pamplona el general d'Armagnac con tres batallones, y, presentándose repentinamente delante de aquella plaza, se le permitió sin obstáculo alojar dentro sus tropas; no contento el francés con esta demostración de amistad y confianza, solicitó del Virrey, marqués de Vallesantoro, meter en la ciudadela dos batallones de suizos, so color de tener recelos de su fidelidad. Negóse á ello el Virrey, alegando que no le era lícito acceder á tan grave propuesta sin autoridad de la corte; adecua-

da contestación y digna del debido elogio, si la vigilancia hubiera correspondido á lo que requería la crítica situación de la plaza. Pero tal era el descuido, tal el incomprensible abandono, que hasta dentro de la misma ciudadela iban todos los días los soldados franceses á buscar sus raciones, sin que se tomasen ni las comunes precauciones de tiempo de paz. No así desprevenido el general d'Armagnac se había de antemano hospedado en casa del marqués de Besolla, porque situado aquel edificio al remate de la explanada y enfrente de la puerta principal de la ciudadela, podía desde allí acceder con más facilidad el oportuno momento para la ejecución de su alevoso designio. Viendo frustrado su primer intento con la repulsa del Virrey, ideó el francés recurrir á un vergonzoso ardid. uno á uno y con estudiada disimulación mandó que en la noche del 15 al 16 de febrero pasasen con armas á su posada cierto número de granaderos, al paso que en la mañana siguiente soldados escogidos, guiados bajo disfraz por el jefe Robert, acudieron á la ciudadela á tomar los viveres de costumbre. Nevaba, y ba-

jo pretexto de aguardar á su jefe, empezaron los últimos á divertirse tirándose unos á otros pellas de nieve: distrajeron con el entretenimiento la atención de los soldados españoles, y, corriendo y jugando de aquella manera, se pusieron algunos sobre el puente levadizo para impedir que le alzasen. A poco, y á una señal convenida se avalanzaron los restantes al cuerpo de guardia, desarmaron á los descuidados centinelas, y, apoderándose de los fusiles del resto de la tropa, colocados en el armero, franquearon la entrada á los granaderos ocultos en casa d' Armagnac, á los que de cerca siguieron todos los demás. La traición se ejecutó con tanta celeridad, que apenas había recibido la primera noticia el desavisado Virrey, cuando ya los franceses se habían del todo posesionado de la ciudadela. D' Armagnac le escribió entonces, á manera de satisfacción, un oficio en que al paso que se disculpaba con la necesidad, lisonjeábase de que en nada se alteraría la buena armonía propia de los fieles aliados: género de mofa con que hacía resaltar su fementida conducta.

Por el mismo tiempo se había reunido

en los Pirineos orientales una división de tropas italianas y francesas, compuesta de once mil hombres de infantería y mil setecientos de caballería. En 4 de febrero tomó en Perpiñán el mando el general Duhesme, quien en sus memorias mienta sólo disponibles siete mil soldados: á sus órdenes estaban el general italiano Lechi y el francés Chabrán. A pocos días penetraron por la Junquera, dirigiéndose á Barcelona, con intento, decían, de proseguir su viaje á Valencia. Antes de avistar los muros de la capital de Cataluña, recibió Duhesme una instrucción del capitán general, conde de Ezpeleta, sucesor por aquellos días del de Santa Clara, para suspender su marcha hasta que consultase á la Corte. Completamente ignoraba ésta el envío de tropas por el lado oriental de España, ni el embajador francés había siquiera informado de la novedad, tanto más importante, cuanto Portugal no podía servir de capa á la reciente expedición. Duhesme, lejos de arredrarse con el requerimiento de Ezpeleta, contestó de palabra con arrogancia que á todo evento llevaría á cabo las órdenes del Emperador, y que sobre

el capitán general de Cataluña recaería la responsabilidad de cualquiera desavenencia. Celebró un consejo el conde de Ezpeleta, y en él se acordó permitir la entrada en Barcelona á las tropas francesas. Así lo realizaron en 13 de aquellos meses, quedando no obstante en poder de la guarnición española Montjuich y la ciudadela. Pidió Duhesme que en prueba de buena armonía se dejase á sus tropas alternar con las nacionales en la guardia de todas las puertas. Falto de instrucciones, y temeroso de la enemistad francesa, accedió Ezpeleta, con harta, si bien disculpable debilidad, á la imperiosa demanda, colocando Duhesme en la puerta principal de la misma ciudadela una compañía de granaderos, en cuyo puesto había solamente veinte soldados españoles. Pesaroso el capitán general de haber llevado tan allá su condescendencia, rogó al francés que retirase aquel piquete, pero muy otras eran las intenciones del último, no contentándose ya con nada menos que con la total ocupación. Andaba también Duhesme más receloso, á causa de la llegada á Barcelona del oficial de artillería D. Joaquín Osma, á

quien suponía enviado con especial encargo de que se velase por la conservación de la plaza, probable conjetura, en efecto, si en Madrid hubiera habido sombra de buen gobierno; mas era tan al contrario, que Osma había sido comisionado para facilitar á los aliados cuanto apeteciesen, y para recomendar la buena armonía y mejor trato. Sólo se insinuó, en instrucción verbal, que procurase de paso indagar en las conversaciones con los oficiales cuál fuese el verdadero objeto de la expedición, como si para ello hubiera habido necesidad de correr hasta Barcelona y de despachar expresamente un oficial explorador...

He aquí el modo insidioso con que en medio de la paz y de una estrecha alianza se privó á España de sus plazas más importantes: perfidia atroz, deshonrosa arteria en guerreros envejecidos en la gloriosa profesión de las armas, ajena é indigna de una nación grande y belicosa.

DERROTA DE LOS FRANCESES EN EL BRUCH  
POR LOS SOMATENES.

Es el somatén de Cataluña, «un género

de socorro, como dice Zurita, [repentino y cierto, que muchas veces ha sido de grande efecto.] Está conocido de tiempo inmemorial, teniendo que acudir al repique de la campana concejil, todos los hombres aptos para las armas en las diversas veguerías ó partidos, según lo dispone el usaje de Barcelona. Fué en este caso no menos provechoso que en otros antiguos y renombrados. Había pocas armas y municiones tan escasas, que careciendo de balas de fusil, se cortaron las varillas de hierro de las cortinas, para que supliesen la falta.

Los somatenes de Igualada y Manresa fueron los primeros que se prepararon, y al hijo de un mercader, llamado Francisco Riva, tenía-sele por principal caudillo. Apostáronse, pues, y se escondieron entre los matorrales y arboleda de las alturas del Bruch. Apenas había pasado la columna francesa las casas que llevan el mismo nombre, y tomada la revuelta que forma el camino real, antes de emparejar con el de Manresa, cuando fué detenida por el inesperado fuego de los encubiertos somatenes. Schwartz, después de un rato de espera, embistió á sus contrarios,

replegáronse éstos, y, disputando el terreno á palmos, se dividieron, unos yendo la vuelta de Igualada y otros la de Casa-Massana. Desalojados del último punto y teniéndose por perdidos, apriesa se retiraban, y completa hubiera sido su derrota á no haber afortunadamente Schwartz desistido de perseguirlos. Admirados los manresanos de la suspensión del francés, cobraron aliento, y, engrosados con el somatén de San Pedor, compuesto de buenos y esforzados tiradores, volvieron de nuevo á la carga. Venía con los recién llegados un tambor, quien, como más experto, hizo las veces de general en jefe. Vivamente acometieron todos juntos á los franceses de Casa-Massana, los que se recogieron al cuerpo de la columna que comía el rancho á retaguardia.

El número de somatenes crecía por momentos, sus ánimos se enardecían, adquiriendo ventaja sobre los franceses descaecidos con la impetuosa embestida. Schwartz, al ver retirarse su vanguardia, al ruido de la caja del somatén de San Pedor, persuadióse que tropa de línea auxiliaba al paisanaje. Formó entonces el cuadro para evitar ser envuelto, y al

cabo de cierto tiempo determinó retroceder á Barcelona. Aunque molestados los enemigos por los somatenes en flanco y retaguardia llegaron sin desorden hasta Esparraguera.

Los vecinos de esta villa, puestos en acecho y sabiendo que los enemigos se retiraban, atajaron la calle larga y angosta que la atraviesa, con todo linaje de obstáculos, en especial con muebles y utensilios de casa. Al anochechar se acercaron los franceses, y, penetrando en la calle con imprudencia la cabeza de la columna, cayeron en la celada que les estaba armada. De todas partes empezaron á ofenderles á tejazos y pedradas, con algunos escopetazos y hasta con calderas de agua hirviendo. Schwartz suspendió el paso, y, dividiendo su gente en dos trozos, la hizo caminar á derecha é izquierda de la villa. Apretó después la marcha durante la noche, instigado incesantemente por los somatenes los que le cogieron un cañón á la riera de Cabrera y le acosaron hasta Martorell. No imitaron sus habitantes el ejemplo de los de Esparraguera, y así fuéles permitido á los franceses entrar en Barcelona el 8 de ju-

lio; pero tan destrozados y abatidos, que dieron claro indicio de la derrota experimentada. Su pérdida no dejó de ser considerable, mayormente si se atiende á que fueron acometidos por gente allegadiza y con escasas y malas armas. De los nuestros pocos perecieron, estando siempre amparados del terreno, y protegidos en el alcance por toda la población.

Toca á los catalanes la gloria de haber sido los primeros en España que postraron con feliz éxito el orgullo de los invasores. Fué en efecto la victoria del Bruch la que antes que ninguna otra mereció ser calificada con tal nombre. Y semejante triunfo, admirable en sus circunstancias, resonando por todo el Principado, excitó noble emulación en todos sus habitantes, declarándose á porfía los pueblos unos en pos de otros y denodadamente.

EL CONDE DE TORENO.

---

### CONOCIMIENTO ADQUIRIDO

POR EL TESTIMONIO INMEDIATO DE LOS SENTIDOS

De la existencia ó no existencia de un sér, ó bien de que una cosa es ó no es,

podemos cerciorarnos de dos maneras: por nosotros mismos, ó por medio de otros.

El conocimiento de la existencia de las cosas que es adquirido por nosotros mismos, sin intervención ajena, proviene de los sentidos, mediata ó inmediatamente, pues ó ellos nos presentan el objeto, ó de las impresiones que los mismos nos causan, pasa el entendimiento á inferir la existencia de lo que no se hace sensible ó no lo es. La vista me informa inmediatamente de la existencia de un edificio que tengo presente; pero un trozo de columna, algunos restos de un pavimento, una inscripción ú otras señales, me hacen conocer que en tal ó cual lugar existió un templo romano. En ambos casos debo á los sentidos la noticia; pero en el primero inmediata, en el segundo mediatamente.

El conocimiento inmediato que los sentidos nos dan de la existencia de una cosa es á veces errado, porque no nos servimos como debemos de estos admirables instrumentos que nos ha concedido el Autor de la naturaleza. Los objetos corpóreos obrando sobre el órgano de los sentidos causan una impresión á nuestra al-

ma: asegurémonos bien de cuál es esta impresión, sepamos hasta qué punto le corresponde la existencia de un objeto; he aquí las reglas para no errar en estas materias. Algunas explicaciones enseñarán más que los preceptos y teorías.

Veo á larga distancia un objeto que se mueve, y digo: «allí hay un hombre;» y acercándome más, descubro que no es así, y que sólo hay un arbusto mecido por el viento. ¿Me ha engañado el sentido de la vista? No, porque la impresión que ella me transmitía era únicamente de un bulto movido; y si yo hubiese atendido bien á la sensación recibida habría notado que no me pintaba un hombre. Cuando, pues, yo he querido hacerle tal, no debo culpar al sentido, sino á mi poca atención, ó bien, á que notando alguna semejanza entre el bulto y un hombre visto de lejos, he inferido que aquello debía serlo en efecto, sin advertir que la semejanza y la realidad son cosas muy diversas.

Teniendo algunos antecedente de que se dará una batalla, ó se hostilizará alguna plaza, paréceme que he oído cañonazos, y me quedo en la creencia de que ha comenzado el fuego. Noticias posteriores

me hacen saber que no se ha disparado un tiro: ¿quién tiene la culpa de mi error? No mi oído, sino yo. El ruido se oía, en efecto; pero era el de los golpes de un leñador que resonaban en el fondo de un bosque distante; era el de cerrarse alguna puerta, cuyo estrépito retumbaba por el edificio y sus cercanías; era el de otra cosa cualquiera que producía un sonido semejante al del estampido de un cañón lejano. ¿Estaba yo bien seguro de que no se hallaba á mis inmediaciones la causa del ruido que me producía la ilusión? ¿Estaba bastante ejercitado para discernir la verdad, atendida la distancia á que debía hacerse el fuego, la dirección del lugar, y el viento que á la sazón reinaba? No es, pues, el sentido quien me ha engañado, sino mi ligereza y precipitación. La sensación era tal cual debía de ser; pero yo le he hecho decir lo que ella no me decía. Si me hubiese contentado con afirmar que oía ruido parecido al de cañonazos distantes, no hubiera inducido á error á otros y á mí mismo.

A uno le presentan un alimento de excelente calidad, y al probarlo dice: «es malo, intolerable, se conoce que hay tal

ó cual mezcla,» y es que en efecto su paladar lo experimenta así. ¿Le engañó el sentido? No; si le pareció amargo, no podía suceder de otra manera, atendida la indisposición gástrica que le tenía cubierta la lengua de un humor que lo maleaba todo. Bastábale á este hombre un poco de reflexión para no condenar tan fácilmente, ó al criado ó al revendedor. Cuando el paladar está bien dispuesto, sus sensaciones nos indican las cualidades del alimento; en caso contrario, no.

Conviene notar que para conocer por medio de los sentidos la existencia de un objeto, no basta á veces el uso de uno sólo, sino que es preciso emplear otros al mismo tiempo, ó bien atender á las circunstancias que nos pueden prevenir contra la ilusión. Es cierto que el discernir hasta qué punto corresponde la existencia de un objeto á la sensación que recibimos, es obra de la comparación, la que es fruto de la experiencia. Un ciego á quien se quitan las cataratas, no juzga bien de las distancias, tamaños y figuras, hasta haber adquirido la práctica de ver. Esta adquisición la hacemos sin advertirlo desde niños, y así creemos que bas-

ta abrir los ojos para juzgar de los objetos tales como son en sí. Una experiencia muy sencilla y frecuente nos convencerá de lo contrario. Un hombre adulto y un niño de tres años están mirando por un vidrio que les ofrece á la vista paisajes, animales, ejércitos... ambos reciben la misma impresión; pero el adulto, que sabe bien que no ha salido al campo, y se halla en un aposento cerrado, no se altera ni por la cercanía de las fieras, ni por los desastres del campo de batalla. Lo que le cuesta trabajo es conservar la ilusión; y más de una vez habrá menester distraerse de la realidad, y suplir algunos defectos del cuadro ó instrumento, para sentir placer con la presencia del espectáculo. Pero el niño, que no compara, que sólo atiende á la sensación en todo su aislamiento, se espanta y llora temiendo que se le han de comer las fieras, ó viendo que tan cruelmente se matan los soldados.

Todavía hay más: experimentamos á cada paso que una perspectiva excelente, de la cual no teníamos noticia, vista á la correspondiente distancia nos causa una ilusión, y nos hace tomar por obje-

tos de relieve los que en realidad son planos. La sensación no es errada; pero sí lo es el juicio que para ella formamos. Si advirtiésemos que caben reglas para producir en la retina la misma impresión con un objeto plano que con otro abultado, nos hubiéramos complacido en la habilidad del artista, sin caer en error. Este habría desaparecido mirando el objeto desde puntos diferentes, ó valiéndonos del tacto.

. . . . .  
Lo que acontece habitualmente en estado de enfermedad cerebral, puede suceder muy bien cuando, exaltada la imaginación por una causa cualquiera, se pone actualmente enfermiza con relación á lo que la preocupa. ¿Qué son las manías sino la realización de este fenómeno? Pues entiéndase que las manías están distribuídas en muchas clases y graduaciones; y que las hay continuas y por intervalos, extravagantes y arregladas, vulgares y científicas; y que así como *Don Quijote* convertía los molinos de viento en desaforados gigantes, y los rebaños de ovejas y carneros en ejércitos de combatientes, puede también un sabio



testarudo descubrir con la ayuda de sus telescopios, microscopios y demás instrumentos, todo cuanto á su propósito cumpliera.

Los hombres muy pensadores y ensismados, corren gran riesgo de caer en manías sabias, en ilusiones sublimes; que la mísera humanidad, por más que se cubra con diferentes formas, según las varias situaciones de la vida, lleva siempre consigo su patrimonio de flaqueza. Para una débil mujercilla el susurro del viento es un gemido misterioso; la claridad de la luna, es la aparición de un finado, y el chillido de las aves nocturnas es el grito de las evocaciones del Averno para asistir á escenas pavorosas. Desgraciadamente, no son sólo las mujeres las que tienen imaginación calenturienta, y que toman por realidades los sueños de su fantasía.

JAIME BALMES.

(*El Criterio*)

## YO QUIERO SER CÓMICO

*Anch' io son pittore.*

No fuera yo Figaro, ni tuviera esa

travesura y maliciosa índole que malas lenguas me atribuyen, sino sacara á luz pública cierta visita que no há muchos días tuve en mi propia casa.

Columpiábame en mi mullido sillón, de estos que dan vuelta sobre su eje, los cuales son especialmente de mi gusto, por asemejarse en cierto modo á muchas gentes que conozco; y me hallaba en la mayor perplejidad sin saber cuál de mis numerosas apuntaciones elegiría para un artículo que me correspondía ingerir aquel día en la *Revista*. Quería yo que fuese interesante sin ser mordaz, y conocida toda la dificultad de mi empeño, y sobre todo que fuese serio, porque no está un hombre de buen humor ó de buen talante para comunicar el suyo á los demás. No dejaba de atormentarme la idea de que fuese histórico, y por consiguiente verídico, porque, mientras yo no haga más que cumplir con las obligaciones de fiel cronista de mi siglo, no se me podrá culpar de mal intencionado, ni de amigo de buscar pependencias por una sátira más ó menos.

Hallábame, como he dicho, sin saber cuál de mis notas escogería por más